

REVISIÓN, SOSLAYO Y PROYECCIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONTEMPORANEIDAD EN *DE LA TRICOLOR A LA WIPHALA* (2014)¹

SILVANA DANIELA ABAL²

RESUMEN

En el presente trabajo, se analizará la manera en que las narraciones que integran la antología *De la tricolor a la wiphala* (2014) construyen la actualidad socio-política boliviana y cómo se interrogan sobre el ser nacional. Para llevar adelante tal análisis, tomaremos como ejes estructurantes la retórica de la violencia y la concepción de la historia que subyace en los textos.

PALABRAS CLAVE:

De la tricolor a la wiphala- Bolivia- Actualidad-Concepción de la historia- Ser nacional

INTRODUCCIÓN

En el prólogo a la antología de narraciones escritas en su mayor número por autores nacidos en Bolivia *De la tricolor a la wiphala* (2014), se afirma: “Si la narrativa de ficción parece desinteresarse de las urgencias del presente, es porque este se ha vuelto menos urgente, menos acuciante y desesperanzador en Bolivia durante los actuales tiempos revolucionarios” (2014: 8). Al momento de publicación de este libro, el gobierno del MAS, con Evo Morales Ayma al mando del destino de los pueblos que integran el estado pluriétnico y plurinacional, contaba con ocho años de permanencia en el poder. Aun así, en el estudio preliminar del libro que nos ocupa, se sostiene que en la narrativa de y sobre Bolivia no hay una preocupación explícita por la política contemporánea o, menos radicalmente, que la llamada “literatura social” ha abandonado la actualidad a los márgenes, para centrarse en otros asuntos. Desde esta

¹ Este trabajo es una versión revisada y corregida de una ponencia presentada en las XVIII Jornadas del Instituto de Historia del Arte Argentino y Latinoamericano.

² **SILVANA DANIELA ABAL**: Argentina. Licenciatura y Profesorado en Letras (UBA). Orientación en Literatura Argentina y Latinoamericana. Áreas de interés: Literatura argentina, literatura boliviana, literaturas comparadas, estudios de género.

perspectiva, se reconocen dos cuestiones centrales: en primer lugar, el supuesto de que la literatura tiene una agenda que refleja o responde, en cierta medida, a la agenda socio-política de su tiempo, y, en este sentido, la otra cuestión es el optimismo expresado por el futuro de Bolivia, pues si los escritores no se ocupan del presente, se debe a que este es favorable o al menos no tan conflictivo como para ser interesante.

De estas mismas afirmaciones, es necesario constatar si la literatura que constituye la antología que aquí tratamos comparte esa visión. En principio, importa aclarar que los textos compilados no son -excepto el relato de Juan Pablo Piñeiro- relatos de evasión, no son cuentos maravillosos, ni participan de la ciencia ficción o del género fantástico. Este rasgo compartido trasluce un primer gesto relevante, pues no hay una voluntad estética de camuflar o codificar las preocupaciones manifestadas en la obras. Por el contrario, en los relatos compilados, la construcción narrativa compleja de la realidad socio-política boliviana es cifra de la interrogación sobre el ser nacional, que a la vez se despliega en la temática de la violencia de estados, la turbulencia de la vida urbana y la incertidumbre sobre los tiempos venideros.

Con un afán de contrastación, abordaremos un breve análisis de cuatro relatos de la antología: “¿Será este el momento para quemar a quien tanto temo?”, cuento inédito (al momento de publicarse la antología) de Wilmer Urrelo Zárate; “El hombre que flota” y “Jugando al límite”, capítulos de la novela *El perro en el año del perro* (2011), de Alejandro Suárez; y “Todas las balas van al cielo”, cuento inédito (al momento de publicarse la antología) de Aldo Menidaceli. Para llevar adelante nuestro trabajo, haremos especial énfasis en la retórica de la violencia y la construcción de los personajes, para intentar comprender de qué manera constituyen los textos su contemporaneidad y qué concepción de la historia tienen como sustento.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA ACTUALIDAD

En el cuento “¿Será este el momento de quemar a quien tanto temo?”, un adolescente recupera un hecho pretérito y se horroriza ante él: el accionar de su abuelo durante La Guerra del Chaco, entre 1933 y 1934. En esta reminiscencia, que se logra a partir de la palabra escrita, se conjugan el pasado familiar y la historia de una nación, y tanto uno como otra tienen una impronta siniestra. El abuelo del narrador inaugura su diario diciendo: “Los veo desde lejos y los odio, los desprecio. Cuando digo odio, me refiero

a lo que son: indios, en su mayoría” (43). Indio casi como sinónimo de odio, y ello dicho por la pluma de un oficial blanco del ejército boliviano. Esto evidencia, a nivel de la historia familiar del narrador, una ascendencia europea y racista, y a nivel de la historia nacional, una matriz constitutiva multirracial y en conflicto, con blancos que mandan e indios subordinados. El blanco escribe la historia, aunque sea una historia personal y secreta, plasmada en un diario íntimo de Guerra; por su palabra se condena, por más que intente buscar motivos que lo justifiquen: “Si gritas te mueres, le dije. Una cabeza pequeña. Negra. El soldadito tembló. Qué placer más grande tenerlo así. Y qué placer más grande bajarle los pantalones. Mojar mi miembro y penetrarlo. El soldadito no gritó” (45). Para el que escribe el diario, la violación fue una demostración de poder y una posibilidad más que le otorga su condición de oficial, de hombre blanco y fuerte, jefe de “soldaditos” que no gritan, porque tienen miedo. Luego de esta revelación, el narrador encuentra la decepción, pues su abuelo, a quien consideraba bueno y decente, ahora se convertía en un violador de muchachitos indefensos. Para la historia, la decepción se redobra, dado que la Guerra del Chaco fue una contienda perdida para Bolivia frente a Paraguay, pero también una pérdida de los indígenas frente al despotismo de los oficiales blancos. Es siempre imperativo preguntarse quién escribe la historia de un país, pero en el caso boliviano es esencial, pues la diferencia entre sus habitantes no es solo clasista, porque los diversos idiolectos que confluyen no se diferencian solamente por los factores socio-económicos y geográficos, sino principalmente por las distinciones lingüístico-culturales, que resultan excluyentes entre sí: puede que la Bolivia indígena no entienda a la Bolivia blanca, puede que la Bolivia indígena no se entienda entre sí, puede que la Bolivia blanca no entienda.

Ahora bien, en el relato de Zárate, ¿qué implica recuperar este pasado? ¿Para qué? Significativamente, quien acerca los diarios al joven narrador es una amiga imaginaria, con cierto aura fantasmal, Odi. Ella nunca crece y siempre se mantiene al lado del protagonista; el lazo con la historia no se quiebra, aunque pase el tiempo y, sin embargo, el pasado no existe autónomamente, sino que necesita la actualización del presente, como Odi necesita de la imaginación del narrador. Es también la niña quien advierte: “Te violará, tarde o temprano lo hará. Tienes que hacer algo.” (50). En esto se expresa una concepción de la historia cíclica; lo que pasó volverá a pasar, si las circunstancias son similares. En su diario, el abuelo expresa que sigue a salvo de

las denuncias como “consecuencia de su superioridad racial” (48), es más fuerte física y socialmente que los indios soldados, es más fuerte que un adolescente huérfano y sin nadie en el mundo. La violación es en el viejo una forma de canalizar el odio y en el narrador, el fuego es su manera de huir de la historia y de purificar los crímenes. En el cuento, los incendios se comparan a la belleza de la mujer amada o a la pasión del enamoramiento; el fuego porta el amor que va a destruir los crímenes de odio, fuego destructor y de renacimiento: “Las llamas, qué hermoso, nacerán de la nada, se reproducirán velozmente y ¡plaf! Todo terminará” (52). Lo relevante es que el juicio y la ejecución de la condena vienen dados por un individuo de la misma clase y de la misma familia; desde el presente en el que se lee, es posible juzgar y condenar la historia, temerle e intervenir en ella y en este sentido, a pesar de la violencia demencial en que culminan los hechos, se evidencia una suerte de progreso histórico, pues hay una voluntad de revisar el pasado, de dejar atrás y de enmendar los errores. En *El retorno de la Bolivia plebeya* (García Linera, 2007), se afirma que “el olvido de la dimensión nacional en Bolivia ha conducido a la mimesis institucional” (75), con un desconocimiento de las necesidades epocales (dado que se olvida el pasado propio) y locales (dado que se importan modelos extranjeros para satisfacer exigencias nacionales). Identificarse con los otros antes que con los compatriotas, junto con el borramiento de la experiencia, ha llevado a Bolivia a fabricar, a lo largo del siglo xx, modelos sociales y políticos impropios, con un carácter liberal que no se adecuaba a la naturaleza y necesidades múltiples de sus ciudadanos. El adolescente de nuestro cuento, por el contrario, logra identificarse con aquellos que parecen tan ajenos a su raza y estatus y los reconoce como pares; revisa la época pretérita, la juzga y la contrasta con la presente; y actúa en consecuencia, aunque sea en forma monstruosa y desde el seno íntimo y no político.

En el cuento, hay ciertas marcas que permiten catalogar a sus personajes como clase media, dado que el abuelo es veterano de Guerra, tiene momentos de ocio, casa propia y el nieto está escolarizado y tiene la posibilidad de acceder a cantidades de libros. En “El hombre que flota” y “Jugando al límite”, de Alejandro Suárez, estos rasgos de clase aparecen exacerbados y las preocupaciones de los personajes son, en sus términos, “pequeñoburguesas”. Los personajes de estos dos capítulos han atravesado la Universidad: publicista, bioquímica, médico, ingeniero, arquitecto. Y desde la postura de profesionales de clase media afirman: “en este país no hay futuro” (154).

Los relatos se instalan temporalmente en la apertura del año 2006, días antes de que comience el primer mandato de Evo Morales Ayma; y caracterizan a Bolivia como el país que pierde en el fútbol y las guerras (166). Los personajes no se sienten representados por su país y expresan una mirada pesimista sobre su porvenir allí. No son situaciones trágicas las que marcan la vida de los caracteres, como sucede en el relato de Zárate, sino que todo gira en torno a la “estabilidad” amorosa, laboral, académica, etc. El protagonista recibe una suerte de propuesta matrimonial y expresa: “El futuro trazado: una novia bien, un trabajo bien, un auto bien, un condominio cerrado, dos hijos, dos hipotecas. En resumen: una vida de mierda” (149). Siguiendo el sentido de la cita, la preocupación no es estrictamente económica, el relato no gira en torno a la supervivencia o a superar obstáculos vitales, sino que se centra en aspectos aparentemente banales: mantener la libertad de soltero pero conquistar chicas, una madre lesbiana y un padre con aires de grandeza, un cuñado puritano, amigos que se enamoran de las mismas chicas. No obstante, aparece una contrafigura que logra cifrar las preocupaciones que subyacen a la vida superficial: la holandesa Kirsten. Este personaje afirma sobre Santa Cruz de la Sierra: “esta ciudad *provinciana* y *multicultural* está en el momento ideal para plantar la semilla del consumo responsable, de la toma de conciencia ante el dominio asqueroso de las transnacionales” (162). En esas palabras se distinguen distintas cuestiones; en principio, la “multiculturalidad” no refiere tanto el enfrentamiento blanco/indio que viéramos en el texto de Zárate, sino a las distintas influencias inmigratorias, europeas y asiáticas, que confluyen en Santa Cruz; sin embargo, esta diversidad no la hace cosmopolita, pues es definida como “provinciana“, a pesar de ser la ciudad más importante de Bolivia; en este sentido, la provincia boliviana es capaz de rechazar el salvajismo capitalista precisamente porque no es una ciudad económicamente desarrollada. Si bien esta visión coincide en parte con el pesimismo que el protagonista y sus amigos expresan, Kirsten es catalogada como “una europea progresista y pelotuda” (163) y “puta colonialista” (170). ¿Por qué molesta la visión europea? El hecho de que se la tilde como “colonialista” pone en primer plano el pasado y pertenencia de Bolivia, en tanto territorio rico, periférico y víctima del colonialismo. Además, la crítica constructiva de Kirsten toca un punto neurálgico, pues el subdesarrollo del capitalismo es lo que atormenta al protagonista; en Bolivia se puede tener “una vida bien”, pero no hay más allá -“mi padre espera demasiado de

la vida y siempre se queda corto” (173)-, no hay verdaderas posibilidades de crecimiento para una clase que tiene el sustento asegurado y que solo ve la vida de un coccalero como un mero disfraz para una fiesta de fin de año. Además de esta visión pesimista pequeño-burguesa, los capítulos demuestran una serie de recelos hacia la otredad, en los cuales hay una correlación entre la pertenencia de clase y la etnia: los padres de Florencia, ex novia del protagonista, tienen “ínfulas de nuevos ricos” y rechazan a la joven que acompaña a un empresario amigo “debido a sus facciones ligeramente guarayas” (148), pero lo toleran porque “el tipo era empresario, tenía carisma y *era español*, tres condiciones claves para que los anfitriones se tragasen sus disgustos” (148); entonces, desde la clase burguesa hay animosidad contra la población nativa y fascinación por la inmigración europea y adinerada; en la clase trabajadora, por otra parte, hay un rechazo hacia la extranjeridad: “el taxista desalmado me cobró treinta bolivianos (por ser de noche, por ser fin de año, por estar lloviendo, y aunque no lo dijo, *porque había una extranjera en el asiento trasero*)” (163); y, por último, aparece la visión misma de los extranjeros: “Los amigos alemanes de Kirsten la invitan a filmar tribus indígenas amazónicas” (175); mientras a ellos los rechazan o los festejan, los extranjeros hacen una fenomenología del indio y lo convierten en un objeto de estudio y espectáculo: “viene renovada, *cautivada* por los indígenas amazónicos. Su discurso progresista y vacío me produce revoltura de estómago” (164). El discurso de Kirsten es hipócrita en tanto sostiene un discurso de igualdad basamentado en la fascinación por el otro como si fuese un fenómeno extraordinario y no un factor constituyente más. Así, a la mirada pesimista sobre un país que no tiene proyección hacia el futuro para los estratos medios, se suma la intolerancia entre las clases y las distintas etnias. Ahora bien, esto no contradice estrictamente el planteo del prólogo, puesto que el relato se instala en la antesala del gobierno del MAS y no puede interpretarse como una crítica o reivindicación de este. No hay recuperación de un momento violento, como en el cuento antes analizado, sino que la violencia pasa por la verbalización de un racismo o clasismo más o menos solapado y ello configura un presente lleno de tensiones.

La coincidencia entre estas tres piezas narrativas es que la crítica se manifiesta a partir de la presencia de una historia o de un presente conflictivo, mientras que en el cuento “Todas las balas van al cielo”, de Aldo Menidaceli, la violencia se asienta en la ausencia del territorio boliviano. Es un relato de inmigración y por lo tanto un

testimonio de la pérdida; el protagonista es un joven boliviano que ha emigrado a Argentina en busca de una vida mejor: “Recuerdo el viaje atravesando la pampa boliviana, con la inocencia y las ilusiones intactas.” (202). No obstante sus expectativas, se encuentra con “el taller lleno de máquinas de coser, las tardes calurosas, las jornadas de catorce, quince horas. Y la paga que no alcanzaba para nada, peor aún en una ciudad llena de tentaciones.” (203), es decir, con la explotación laboral. Condiciones precarias de trabajo y un sueldo que no lo deja vivir, que lo deja como “un simple costurero” frente a los capataces con ropa de marca, que lo denigran. Argentina es un choque contra la pared, pero es al mismo tiempo la única posibilidad de futuro y, en ese sentido, Bolivia se interpreta como una realidad aun peor. Como opción ante el trabajo esclavo, aparece el vicio: “Aparece con claridad en mi memoria aquella noche mágica. Parecía que una voz me dictaba los números al oído. Gané en la ruleta. Gané en las cartas. [...] Pero perdí en las ilusiones y el corazón” (203). Hay una mejora económica, que lo deja comprarse ropa de marca y “volverse decente”, sin embargo, es un medio de vida librado al azar, que no supone ningún tipo de seguridad y que se despedaza cuando “se terminan las patas de conejo“. La vida en el casino marca la impronta urbana de la narración, pues la vida del personaje atraviesa los talleres de Flores, para seguir por las pensiones de Liniers y sus casinos, hasta llegar a los gimnasios de la Ciudad de Buenos Aires; la ciudad es el punto nodal donde la existencia se transforma: la marginalidad del inmigrante boliviano, la esclavitud laboral a la que son sometidos y se dejan someter por necesidad, el vicio de la vida nocturna, entre prostíbulos, casinos y alcohol, hasta desembocar en el crimen. El protagonista termina por ejercer en otros la violencia que ha ejercido sobre sí mismo: “Tomo el autobús, o el bondi, como le dicen acá. [...] Mi castellano se ha ido transformado desde que decidí emigrar. He perdido hasta mi propio lenguaje, me digo.” (201). Ha perdido su lugar de pertenencia y el factor constitutivo de la nacionalidad: la lengua. La decisión de emigrar no es la misma que en el personaje de Kirsten, en los relatos de Alejandro Suárez, pues en ella había una voluntad de conocer otras culturas, además del poder que su condición de europea le daba; la emigración allí es casi ociosa, mientras que en el narrador-protagonista del cuento de Menidaceli, el abandono de su país significa una necesidad y un enfrentamiento con la denigración, “empleos truchos”, “hacer ricos a otros”, “caminar por calles que no son mías”, “no acostumbrarse a la Quilmes”; todo en la ciudad lo hace sentir ajeno, pero

su permanencia en Argentina da cuenta de que es su mejor alternativa y es allí donde se cristaliza la crítica; la mirada pesimista respecto de la nación boliviana se vislumbra por oposición y no por una manifestación explícita. El destino se expresa como elección fatal y no como una serie de oportunidades: “No me quedan más fichas. El Viejo está muerto, ha jugado mal. Ahora es mi turno. No me tiembla la mano, escucho más disparos. Soy yo mismo utilizando el arma.” (204). Se puede seguir viviendo matando a otros, pero al igual que en los cuentos anteriores, la violencia es parte de la lucha de clases: el protagonista se une con delincuentes menores que matan a su jefe, el Viejo, dueño de casinos y mafioso jerarca, al mismo tiempo que secuestran al dueño de gimnasios y casinos, para cobrar un rescate. “No se trata de un vulgar atraco”, afirma el protagonista innominado; y por supuesto que no lo es, porque el crimen ha cobrado envergadura de levantamiento y emancipación, “basta de hacer ricos a otros”, “la suerte no existe” (205). El narrador se despoja del determinismo de la cuna pobre y del yugo de su jefe, para atravesar a toda velocidad esas calles que no sentía suyas, tomándolas por la fuerza; así como en el cuento de Zárate el adolescente intenta huir del pasado mediante la brutalidad, el protagonista de Menidaceli recurre a la apropiación no pacífica para hacerse un futuro. En *El retorno de la Bolivia plebeya* (García Linera, 2007), se define la rebelión social como una práctica ajena a la moral y a las autoridades establecidas (155), en un gesto de desconocimiento y reafirmación personal; siguiendo esta línea, es esa práctica la que ha concretado el protagonista, pues es ajeno al estado por partida doble, dado que ha abandonado su estado de origen y ha desconocido las leyes del que ha adoptado, y además, se corre de la moral liberal, desconociendo el mandato de su “superior” y de la moral cristiana, robando y asesinando. La violencia -aquí revolucionaria- siempre parte desde el presente y es bidireccional: destruir el pasado, forcejear el futuro.

REFLEXIONES FINALES

Estos cuatro relatos no son narraciones coyunturales, sino más bien revisionistas; no poseen alusiones explícitas a partidos o a acontecimientos políticos actuales, mientras que sí apelan a intereses generalizadores: qué hacer con el pasado, cómo pensar el futuro, donde se ubica el presente y a partir de qué se constituye. La contemporaneidad se raya por el borde y se reconstruye por oposición o por

sobre-interpretación. Las figuras del nativo y del inmigrante/ emigrante aparecen como signo y cifra de conflictos raciales y clasistas, que configuran un ser nacional fragmentario e indefinible como unidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.** *Alta en el cielo*. Fondo editorial Casa de las Américas, La Habana, 2010
- AA.VV.** *De la Tricolor a la Wiphala: Narrativa contemporánea de Bolivia*. Santiago Arcos, Buenos Aires, 2014
- García Linera, Alvaro** (comp.). *El retorno de la Bolivia plebeya*. Vuela de Diablo, La Paz, 2007
- Wiethüchter, Blanca**. *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*. FUNDACIÓN PIEB, La Paz, 2002